

IMPERIALISMO

Iñaki Aginaga

EL PARADIGMATICO CASO ARGELINO

“Si la independencia del protectorado o de la colonia fuera considerada por el Estado imperial como un mal absoluto, una derrota irremediable, se volvería a la dualidad elemental amigo-enemigo. El nacionalista – tunecino, marroquí, argelino – sería el enemigo, no ocasional ni siquiera permanente”, “sería el enemigo absoluto, aquel con quien ninguna reconciliación es posible, cuya existencia misma es una agresión y que, en consecuencia, si se siguiera la lógica hasta el final, habría que exterminar. Delenda est Cartago: es la fórmula de la enemistad absoluta, la enemistad de Roma y de Cartago; una de las dos ciudades está de más. Si Argelia debe quedar definitivamente francesa, los nacionalistas que quieren una Argelia independiente deben ser eliminados sin piedad. Para que millones de musulmanes se hagan franceses a mitad del siglo XX, es necesario que no puedan ya soñar en una nación argelina y olviden a los testigos que se hicieron degollar”.

Las fuerzas francesas de guerra y ocupación en Argelia tenían claro su objetivo desde el principio de la conquista: “En una palabra, aniquilar todo lo que no se arrastre a nuestros pies como perros.”

<La déclaration officielle de 1858 posait le problème et sa solution finale de façon plus complète: “Nous sommes en présence d’une nationalité armée et vivace qu’il faut éteindre par la assimilation”, “la dislocation du peuple arabe et la fusion”.> La declaración oficial de 1858 para Argelia planteaba el problema de conjunto y la solución final en más amplia perspectiva que las estrictas vistas militares o políticas de la guerra y la ocupación: “Estamos en presencia de una nacionalidad armada y vivaz que hay que apagar por la asimilación”, “la dislocación del pueblo árabe y la fusión”. Muerto el perro se acabó la rabia. Es el conflicto absoluto militar, político y social.

Siglo y medio de guerras de agresión, conquista, ocupación, terrorismo, pillaje y colonización habían dado al imperialismo francés el dominio del Magreb bereber y árabe. Liberados los “protectorados” de Tunicia y Marruecos, quedaba, en Argelia, el último acto de los grandes imperios ultramarinos. la infame guerra colonial de una “gran nación europea y civilizada, desarrollada e industrializada” contra un pequeño país de campesinos, tenidos a raya por la represión, el terror, la tortura, el hambre, el pillaje y la redistribución de tierras a los colonos, las “zonas libres” tierra de nadie del fusilamiento automático, los “reagrupamientos” de civiles campesinos en campos de concentración, la explotación, la miseria y la ignorancia. 1.000.000 de colonos, implantados por un gobierno que regía 50.000.000 de metropolitanos, mantenía su dominación sobre 9.000.000 de indígenas. Un ejército moderno de ocupación de 450.000 hombres perseguía a 20.000 fellagha débilmente armados y a millones de desarmados, con los plenos poderes que nacional-socialistas y nacional-comunistas habían votado y su gobierno conferido. En semejantes condiciones, “los partisanos son incapaces de vencer a los ejércitos regulares, pero les hacen costoso el mantenimiento del orden e imposible la pacificación.” “La fuerza armada de Francia permitía la conquista de Argelia, no la asimilación de los argelinos: la conquista era tan vana como injusta, porque esta asimilación superaba las fuerzas de Francia.” El traslado y privilegiada instalación de inmigrantes franceses para equilibrar o superar la población autóctona por la colonia de población podía realizarse sin restricción alguna, bajo control exclusivo de los flujos migratorios por el monopolio imperialista de la violencia, pero era, cada vez más,

demográfica y económicamente imposible, como el exterminio por la violencia, el hambre, la deportación o la enfermedad. Sus posiciones internacionales, a pesar del reconocimiento de las UN y las grandes potencias, se debilitaban sin cesar, en un mundo en pleno movimiento de decolonización. Las reservas de carne de cañón para las guerras imperiales y coloniales se habían cerrado, aunque “las pérdidas en vidas humanas eran diez o veinte veces más elevadas del lado de los nacionalistas argelinos que del lado francés”, en proporción inversa del coste económico de la “pacificación”, que había convertido el pingüe chollo colonial en un negocio ruinoso. La Cuarta República había dejado paso a la Quinta, bajo la amenaza del ejército de Africa, dispuesto para saltar sobre París como saltó sobre España, haciendo pagar a la metrópoli sus crímenes ultramarinos. La independencia argelina liberó también a Francia, la de Marruecos llegó tarde para evitar el desembarco del general Franco.

La negación del pueblo ocupado y su reducción a la “unidad nacional” del Estado dominante fundan la ideología oficial de la ilusión, generosamente servida por los representantes de la “izquierda” oficial. La guerra de Argelia era inexistente, “lógicamente” absurda, imposible como esencia y como existencia: sólo cabían operaciones de “policía y pacificación” (con una “policía” de 500.000 agentes, tantos como colonos adultos, el equivalente de un guardaespaldas por cada colono). La “sedición” argelina “no era política ni militar, sus actores eran compatriotas, al tiempo que criminales, delincuentes, bandidos y terroristas” carentes de todo derecho. Francia tiene el monopolio de la nación, de la política, del derecho y del terrorismo-antiterrorista.

“Los hombres de Estado, si hubieran reflexionado sobre la significación de estas cifras, no habrían tenido dudas sobre el desenlace.” Habrían ahorrado así a los colonizados, e incluso a los colonizadores, muchos años de guerra, ruinas, odio y dolor. Pero “si los hombres de Estado hubieran reflexionado” sobre algo, las guerras del S XX, y bastantes otras, no habrían tenido lugar. El “interés nacional” tiene sus motivaciones propias, que la razón desconoce. El imperialismo no es racional ni razonable, sino en la medida en que la reflexión sirve al instinto de agresión, a la afectividad y la pasión nacionalistas.

“Este es el dogma mismo de nuestra política: Argelia es Francia.” “Francia no puede hacer la guerra a Francia”. “Los departamentos de Argelia son franceses desde hace tiempo” <sic>. “Argelia es Francia, y no un país extranjero que protegemos.” “Argelia es Francia y, de Flandes al Congo, están la ley, una sólo nación, un solo parlamento.” “En todas partes la ley se impone, y es la ley francesa. Una sola nación, un solo parlamento, es la Constitución y es nuestra voluntad.” “¿Qué es la República francesa? Es según nuestra Constitución el territorio de la metrópoli, son los departamentos de Argelia, son los departamentos y territorios de ultramar“. Argelia “se encuentra en el centro mismo, donde las fuerzas se reúnen”, “debe quedar como el pivote central sobre el que debe ejercerse el poder central de la República”. “Los lazos entre Francia y Argelia son indisolubles.” “El nacionalismo argelino es tan peligroso como el separatismo alsaciano.” “Antes que nada, restablecer el Estado de derecho”. “Que no se espere de nosotros contemplaciones con la sedición, ningún compromiso con ella. No se transige cuando se trata de defender la paz interior de la nación y la integridad de la República.” “Entre Argelia y la metrópoli, no hay secesión concebible. Esto debe quedar claro para todo el mundo“. “La única negociación es la guerra.” “Por muy

penoso que nos resulte, porque se trata de nuestros compatriotas, los que se comprometan en la rebelión deben saber que las consecuencias para ellos serán terribles”. “Todos los que intenten de una u otra manera crear el desorden y tiendan a la secesión serán castigados por todos los medios que la ley pone a nuestra disposición.” “La pacificación está hoy asegurada, no hay nadie que pueda creer en la victoria de los fellagha.” Antes y después de que nacional-socialistas y nacional-comunistas votasen los plenos poderes al ejército de ocupación, los medios “legales”, de las ejecuciones oficiales a los campos de “reagrupamiento” de la población civil, se acompañaban de medios “ilegales” de todos conocidos. La denuncia hipócrita de la tortura y otros pretendidos “excesos de la pacificación” por los nacionalistas-humanistas permitía ocultar y salvaguardar el régimen imperialista y colonialista, del que aquellos no son accesorio, sino parte inherente y necesaria.

Cincuenta años después, la ideología del imperialismo francés no ha cambiado lo más mínimo. El mismo delirio nacionalista, la misma convicción presuntuosa y arrogante de la propia superioridad, el mismo desprecio de los demás, de su libertad y de sus derechos, el culto a la fuerza bruta como única respuesta, el recurso inmediato a la violencia ilimitada, la guerra, la represión, el terrorismo, como solución de los problemas que el imperialismo produce y reproduce, el monopolio de la nación, de la política, del derecho y del terrorismo-antiterrorista.